

CANTO SEGUNDO.

—o—

LOS PRESAGIOS.

I

CON un potro, un arnes, y un escudero,
Que el arzobispo al conde ha procurado,
Libre acia el claro Bétis va lijero,
De intentos de venganza acompañado :
Que el pensamiento siempre lisonjero
Nueva esperanza ofrece á su cuidado
En deudos y en amigos, y no duda
Que hallará en ellos importante ayuda.

II

Ya la incansable voladora Fama,
A cuyos ojos nada oculta el mundo,
Y cuya voz confusa se derrama
Por cuanto cercan cielo y mar profundo ;
Del atrevido rey la amante llama,
El agravio del conde furibundo,
Y en el festin su arrojo infortunado,
Ha por España toda publicado.

III

Y toda España (oh síntoma de muerte!)
Burló tal vez de la afliccion paterna.
¡ Triste del pueblo, á quien su triste suerte
Tanto á la infamia y corrupcion prosterna,
Que necio rie y necio se divierte
Con los vicios de aquel que le gobierna,
De un anciano en la faz al ver el lloro,
Y ultraje torpe al femenil decoro !

IV

—Del Bétis olivoso á la ribera
El conde llega, y á Híspalis famosa,
Y á su palacio, donde inquieto espera
Sus gentes ver en turba numerosa ;
Pero una y otra luz pasa lijera,
Y en soledad se mira congojosa,
Y ni deudos, ni amigos, ni parciales
Del alcázar penetran los umbrales.

V

Qué es esto ?... dónde están ?... desventurado !
Hé aquí los hombres, don Julian : advierte
Cuál los que te cercaban fortunado,
Huyen, cuando contraria ven tu suerte.
Favor, gloria, poder te roba el hado ;
No hay ya de ti esperar, no hay ya temerte ;
Y cuantos por muy tuyos se vendieron,
De tu fortuna, y no de ti lo fueron.

VI

Aunque el desaire advierte, su venganza
 Le inspira disimulo : con presteza
 Convoca, aun alentado de esperanza,
 De Híspalis y Vandalia á la nobleza.
 Mas pronto en tierra ve su confianza ;
 Cobarde abatimiento, vil bajeza,
 Degradacion, infamia, vicios, dolo,
 Esclavos sin pudor hallando solo.

VII

Gime el padre infeliz, y su hondo pecho,
 Ya espantoso volcan, rabia respira ;
 Y temblando de horror y de despecho,
 Así ronco exclamó y ardiendo en ira :
 “ Patria infeliz !.... tus hijos ¿qué se han hecho?....
 “ Dó están?.... dó están?.... ¡son estos que aquí mira
 “ Mi indignacion, esclavos de Rodrigo ?....
 “ Si estos tus hijos son, yo te maldigo.”—

VIII

Al atroz frenesi que su alma irrita,
 Su alcázar abandona, á Híspalis deja,
 En caballo veloz salta, y le agita,
 Y los ijares con furor le aqueja,
 Y en busca de la mar se precipita ;
 Pues su rencor ardiente le aconseja
 De Hesperia huir, para buscar el modo
 De exterminar al rey y al pueblo godo.

IX

Llega al último termino de España,
 A las costas que el mar sañudo azota,
 Y en las arenas que hervoroso baña,
 El potro deja, que cansado trota.
 Tiende la vista á la húmeda campaña,
 Y una pequeña barca, no remota,
 Amarrada descubre en la ribera,
 Entre las algas y la espuma fiera.

X

Comenzaba la noche, ronco el viento
 En nubes oscurísimas bramaba ;
 El mar con sordo son y movimiento
 Espantosa borrasca presagiaba ;
 Mas no desiste el conde de su intento,
 Y arrojarle á las ondas solo ansiaba ;
 Tanto le era la patria aborrecible :
 ¡ Ay del que llega á estado tan terrible !

XI

Era el batel de humildes pescadores,
 Que en un chozo inmediato se acogían,
 Cuando del mar horrendo los furores
 El sustento buscar les impedían.
 De la hoguera los rojos resplandores,
 A que las pobres redes recorrían,
 Llamaron la atencion del conde fiero,
 Y al albergue infeliz marchó lijero.

XII

Halla á los pescadores, que asustados
De su aspecto temblaron pavoroso ;
Y mándales audaz, que apresurados,
Aprestando la barca, al proceloso
Mar se entreguen, y á climas apartados
Le conduzcan al punto. El peligroso
Aspecto de las ondas y los vientos
Muéstranle, que es contrario á sus intentos.

XIII

Pero empuñando la fulmínea espada,
Obedecer sin replicar ordena.
Van á la barca, que aunque está amarrada,
La resaca la arrastra por la arena.
Era horrenda la noche, contrastada
Del hervoroso mar la playa truena,
La atmósfera se envuelve en negra bruma,
Silba ronco huracan, brama la espuma.

XIV

Otra vez, " Ay, señor, que nos perdemos !"
Dícele con pavor la pobre gente ;
Y otra vez don Julian, haciendo extremos,
" Al mar, al mar, " les grita bronceamente.
Izan la entena pues, mueven los remos,
La frágil barca los embates siente,
Cércala espesa niebla, y ciego el conde
Huye de España, sin saber á dónde.

XV

—Y Florinda ? y Rodrigo !...infortunados !...
Amanse cual jamas por desventura ;
Abismos son sus pechos desdichados,
Volcan sus almas, su pasion locura ;
Y á infortunios y horrores entregados,
Luchan, cual frágil nave en noche oscura,
Contra ásperos bajíos, azotada
Del huracan y de la mar hinchada.

XVI

Sienten inexorable á toda hora,
Que sus entrañas míseras aprieta
Una mano de hierro abrasadora,
Que arterias y pulmones les sujeta ;
Y que sus corazones vengadora
Punza invisible bárbara saeta :
Respirar quieren, y les huye el aura,
Que cuanto vive, plácida restaura.

XVII

Anhelante Rodrigo y pavoroso,
Y tal vez inducido y acosado
De superior impulso misterioso,
Por tenerlo ya el cielo decretado ;
Su horrendo afan, su estado desastroso
Y las desdichas que aun le guarda el hado,
Cousultar con Ruben ansioso anhela,
Y en busca suya corre y se desvela.

XVIII

Desparecido de la corte había
 Desde el festin infausto el docto anciano,
 Y que escondido estaba, se decía,
 Consultando los libros del arcano,
 En un antiguo alcázar, que existía
 De luengos siglos en mitad de un llano,
 Inmediato á los muros de Toledo,
 Inspirando su mole pasma y miedo.

XIX

Era pública fama, que encantado
 De asombros y prodigios lleno estaba ;
 Del curso de los tiempos injuriado.
 Horrible aspecto aterrador mostraba ;
 De zarzales y arenas rodeado,
 Nadie acercarse á su contorno osaba :
 De él huían ganados y vaqueros,
 Y tornaban la faz los pasajeros.

XX

Contábase que acaso en la sombrasa
 Noche salían de él largos gemidos,
 Y de horrenda batalla desastrosa
 El rumor de las armas y alaridos.
 Y que si con la niebla tenebrosa
 Iban por desventura acia él perdidos
 Viajeros ó pastores, no volvían,
 Y en sempiterno olvido se escondían.

XXI

Confusa tradicion el ignorante
 Vulgo guardaba de que aquella fuera
 Mansion de antiguo sabio nigromante,
 Donde grandes tesoros escondiera.
 Otros aseguraban ser constante,
 Que tal encanto en el palacio hubiera,
 Que el que pudiera deshacerlo un dia,
 Nombre, aunque infausto, eterno lograría.

XXII

En él se hallaba pues el docto hebreo ;
 Y Rodrigo arrastrado por su estrella,
 Arde de consultarle en el deseo,
 Y ya los campos inmediatos huella.
 La blanca luna el resplandor febeo,
 Húmeda y silenciosa, sola y bella,
 Derramaba apacible en la llanura,
 Reinando de los cielos en la altura.

XXIII

Su luz resbala por el pardo muro
 Del inmenso edificio pavoroso,
 Que en parte viste yedra y musgo oscuro,
 Que en parte desconchado está y ruinoso.
 Almenas le ha robado el tiempo duro,
 En donde grita el cárabo medroso,
 Y leve niebla ciñe blanquecina
 La atalaya, que altísima domina.

XXIV

Alza los ojos y la faz turbada
 Mudo el monarca, y la alta mole mira,
 Y queda yerto, y con el alma helada,
 Y su pecho oprimido no respira.
 No osa mover la planta, que asustada,
 Solo á retroceder temblando aspira ;
 Mas prosigue, que el punto era llegado
 Por el cielo inmutable decretado.

XXV

Penetra los espesos matorrales,
 Que en torno borran el camino y foso :
 El puente, que ha mil años las mortales
 Plantas no osan pasar, huella medroso.
 Los maderos podridos y puntales,
 Con su peso cimbrando, rechinoso
 Ruido forman : llega á la ancha puerta,
 Y el pié á estampar en el umbral no acierta.

XXVI

Resuelto pulsa la mohosa aldaba ;
 Mas de súbito espanto poseido,
 La suelta, y acia atras se retiraba,
 Una vez y otra vez despavorido.
 Al fin (que su Destino lo arrastraba)
 Da un golpe á su pesar, que repetido
 Por patios y ruinosos corredores,
 Retumba en largos ecos bramadores.

XXVII

Ya la altísima puerta se estremece,
 Y se abre lenta con fragor tremendo :
 Oscuro el ancho pórtico aparece
 Inhabitado y en silencio horrendo :
 Por las junturas de las losas crece
 Inculca yerba, frio verdin cubriendo
 Gradas de roto mármol ; y aunque espanta
 Su vista, el rey á hollarlas se adelanta.

XXVIII

Cuando el sabio Ruben, el docto anciano,
 De amarillez y de dolor cubierto,
 Y una pálida antorcha en la una mano,
 Sale para atajar su paso incierto,
 Y, “ ¡ A dónde, ó ciego rey, corres insano ? ”
 Le dice entre gemidos ; “ ¡ dó inexperto
 “ Mueves la planta audaz? Ay ! que camina
 “ A hallar tu fin, de España la ruina. ”

XXIX

“ Huye, infeliz.—Mas pálido el monarca,
 “ No, ” exclama, “ no, que á consultarte vengo,
 “ Y en tu saber, que cielo y tierra abarca,
 “ Cifrada solo mi esperanza tengo.
 “ Consuela mi afanar, ó que la Parca
 “ Esta vida tremenda que mantengo,
 “ Siegue piadosa, y cesen mis delirios,
 “ Y mis remordimientos y martirios. ”—

XXX

“Desdichado!” responde el docto hebreo :
 “Mis labios sella el áspero Destino,
 “Que potente se opone á tu deseo.
 “Respetá humilde su querer divino :
 “Nada puedo decirte ; y cuando veo
 “Cercano, ay Dios ! el fin de tu camino,
 “Que revelarlo y que salvarte pueda,
 “La fuerza de los astros me lo veda.”

XXXI

“Ay !...mas huye...no pierdas ni un momento ;
 “Que el de la perdicion está inminente.”—
 Rodrigo en espantoso desaliento,
 Por fuerza oculta detener se siente.
 Vuelve el mágico á instarle ; cuando el viento
 Retumba con los sonos de repente
 De una campana del torreón, que había
 Siglos que nadie resonar oía.

XXXII

A cuyo áspero horrisono tañido
 El virtuoso Ruben desconcertado,
 “Ya no hay reparacion,” dando un gemido
 Exclama ; “no, que el término es llegado.
 “Entra, si estás de esfuerzo apercebido :
 “Toma esta antorcha, y un arcon cerrado,
 “Que encontrarás, descubre : en él tu suerte :
 “La mia es bajar al reino de la muerte.”—

XXXIII

Despareció Ruben : Rodrigo helado
 Tiembla, y por mano oculta irresistible
 Para retroceder se halla atajado,
 Entre las sombras y el silencio horrible ;
 Y ya, del mismo miedo arrebatado,
 Resuélvese á apurar su hado terrible :
 Que desesperacion suele y denuedo,
 En apuro final, tornarse el miedo.

XXXIV

Abrense con fragor antiguas puertas,
 Y el rey pasa atrevido los umbrales,
 Formando sombras con la antorcha inciertas
 Colunas y arruinados barandales.
 Arcadas atraviesa descubiertas,
 Patios llenos de lodo y matorrales :
 Sobre quebradas losas se acelera,
 Y hállase en la magnífica escalera.

XXXV

Mansa, de mármol negro y ancha asciende,
 De polvo, do estampada no ve huella,
 Cubierta toda. Osado el paso tiende
 Por una y otra de las gradas de ella :
 En lo alto un largo corredor se extiende,
 Y por atravesarlo se atropella ;
 Y en la anchurosa cuadro entra, temblando
 Y atónito su espacio registrando.

XXXVI

El artesón altísimo aparece
 De espectros y de sombras habitado.
 De oro y mármol el muro le parece,
 Pero uno muerto, y otro deslustrado ;
 Y en medio de la sala se le ofrece,
 Del polvo de la edad entapizado,
 Un ancho arcon de cedro, carcomido
 Y de mohosas barras guarnecido.

XXXVII

Se acerca yerto, frío, palpitante,
 Y la fuerza del astro que le inclina,
 Presta á sus brazos el vigor bastante,
 Y el arca á descubrir se determina.
 Ya la pesada tapa alza anhelante,
 Que en los gonces tardísimos rechina ;
 Y del oscuro seno,alzada apena,
 Con son de nube que inflamada truena,

XXXVIII

Entre humo denso y llama aterradora,
 Cual es la de las iras del Eterno,
 Fantasma colosal, reina y señora
 De los vicios que aborta el hondo averno,
 Alzase ; y á Rodrigo vengadora
 Se acerca, con sonrisa del infierno,
 Y, esgrimiendo un buril de brasa ardiente,
Exterminio grabó sobre su frente.

XXXIX

Y largo estruendo, horrendo resonando,
 Cual le oyó el orbe nuevo al alarido
 De Leviatan y de su horrible bando,
 Por la alta diestra de Miguel vencido ;
 O cual le escuchará, cuando temblando
 Vuelva á ser nada, y del Criador olvido ;
 El encantado alcázar se estremece,
 Y como polvo, y humo desaparece.

XL

Hállase el rey en la mitad de un llano,
 Do descuellan sepulcros suntuosos,
 Que de voraz incendio no lejano
 Alumbran resplandores espantosos.
 Torna absorto la faz, y el toledano
 Muro, y sus altos templos, y famosos
 Palacios reconoce, que en horrendo
 Fuego desolador están ardiendo.

XLI

Y siente que sus plantas humedece
 Sangre que empapa cálida la tierra ;
 Y que acia el sur retumba y sordo crece
 Clamor de trompas y rumor de guerra ;
 Y ve que á todos lados se aparece,
 Inundando llanura, monte y sierra,
 Tropel innumerable de escuadrones
 De extrañas y fierísimas naciones.

XLII

El exterminador ángel extiende
 Sus alas sobre ellos, y los guía
 Con la espada de Dios. Delante hiende
 Bramador huracan la niebla fría,
 Y en pos su espesa y negra sombra tiende
 La noche del error, donde la impía
 Esclavitud y la barbarie viven,
 Y á devorar al orbe se aperciben.

XLIII

Quiere el mísero huir al acercarse
 La fiera multitud, mas de repente
 Ve las antiguas losas quebrantarse :
 Oye gemir las urnas sordamente ;
 Y mira de sus senos levantarse,
 Ceñida aun de oro y de laurel la frente,
 Las sombras de sus ínclitos mayores,
 Clavando en él los ojos vengadores,

XLIV

Y esconderse en la niebla vagarosa,
 Gimiendo, y exclamando en roncos gritos :
 “ Maldicion, maldicion para el que osa
 “ Nuestro sueño turbar con sus delitos,
 “ Hundiendo en noche horrenda y desastrosa
 “ Patria, y honor, y sacrosantos ritos.”—
 Más resistir el infeliz no pudo,
 Y vino al suelo desmayado y mudo.

XLV

En él por largo tiempo ni aun respira,
 Casi cadáver insensible, helado :
 Y cuando en sí volvió, solo se mira,
 Tendido en medio del desierto prado.
 Atónito en reedor los ojos gira ;
 Y no hallando el alcázar encantado, (1)
 Ni rastro alguno de él, se alza y de miedo
 Ahogado el corazon, huye á Toledo.

XLVI

—Florinda en tanto por la selva umbrosa,
 Que su palacio y su jardín cercaba,
 Como ni un punto la infeliz reposa,
 Con su querida Elvira paseaba ;
 Y en inquieto silencio, congojosa,
 Con lloro amargo de dolor regaba
 Ambas mejillas, aunque mustias, bellas,
 Lamentando el rigor de las estrellas.

XLVII

A un dulce pajarillo, que volando
 De árbol en árbol y de rama en rama,
 Melancólicos trinos gorjeando,
 Sus penas templó, y la atención le llama,
 Sigue embebida en el acento blando,
 Y en pos se enselva la afligida dama ;
 Y sin notarlo, lejos los confines
 Deja de su palacio y sus jardines

XLVIII

Y hállase en un collado delicioso,
Manso dominador de la ancha vega,
Que el aurífero Tajo caudaloso
Grato enriquece y apacible riega ;
Y do en chozas humildes al reposo
Sencillo pueblo pastoril se entrega,
De inocencia y candor acompañado,
Y de sus fieles perros y ganado.

XLIX

¡ Oh, cuán hermosa, y pura, y refulgente
Brilla la luna en el zafir del cielo,
Rielando en la plácida corriente,
Y aljofarando el esmaltado suelo !
¡ Qué bálsamo respira el fresco ambiente !
¡ Qué silenciosa paz, cuánto consuelo
Del mísero mortal presenta al alma
El campo delicioso en noche calma !

L

Y tú, apacible y regalado sueño,
Consolador del mundo ; tú que miras
Con espantado y pavoroso ceño
Las pasiones, y de ellas te retiras ;
¡ Cuán suave, coronado de beleño,
Con alas silenciosas mudo giras
Por la fresca, adormida y ancha vega,
Que á tu encanto dulcísimo se entrega !

LI

Huyes de los soberbios artesones,
Do brilla el oro en cimbras y en follajes ;
Huyes de los armados galeones,
Y de los eminentes almenajes ;
Y buscas las pacíficas regiones,
Donde chozas humildes de ramajes
Albergan el candor y la inocencia,
Y en ellas ejercitas tu influencia.

LII

El orgulloso y bárbaro tirano,
Que de púrpura y oro oprime el lecho,
Tu dulce néctar solicita en vano,
De rezelo y pavor henchido el pecho.
Ya ve la daga en sobornada mano,
Ya el rayo vengador hendiendo el techo,
Ya á impulso popular rotas y abiertas
Cobardes guardias, reforzadas puertas.

LIII

El que sigue feroz al duro Marte,
Abrumado del peso de la malla,
Temeroso procura desecharte
Al rayo de Lucina en la muralla ;
Y el que del globo en la remota parte
El oro busca y con la mar batalla,
Si la codicia no, la voz del noto
Le despierta ó el grito del piloto.

010391

LIV

Al sencillo pastor, tranquilo en tanto,
Ni ambicion ni codicia le desvela,
Ni odio le turba, ni le inquieta espanto,
Ni envidia vil, ni pérvida cautela ;
Y desde que la noche tiende el manto,
Hasta que el pajarillo canta y vuela
Risueño saludando á el alba pura,
Goza en tus brazos celestial dulzura.

LV

El mágico poder obra en la dama
Del feliz espectáculo que admira,
Y el consuelo en sus venas se derrama
Con el aura inocente, que respira.
Siéntase pues sobre la fresca grama,
La mano asiendo de su amada Elvira,
Y en éxtasis, que templá sus dolores,
Enjúganse sus ojos brilladores.

LVI

Cuando oye de los perros vigilantes,
Muestras de lealtad, fieles ladridos,
Y á los rayos de Cintia rutilantes,
Sobre yerbas y flores esparcidos,
A un zagal (que con pasos anhelantes
A uno de aquellos chozos reducidos
Se acerca silencioso) ve la dama,
Y su muda atencion despierta y llama.

LVII

Y en seguida, de un rústico instrumento
La blanda melodía resonando,
Conmovió suave al adormido viento,
Voz á la vega y á la noche dando ;
Y un delicioso enamorado acento,
A la par de la música sonando,
Hijo de una pasion, sencilla y pura,
Así esparció á las auras su dulzura :

LVIII

“ Mi consuelo, mi dicha encantadora,
Mas linda que la flor del verde lino,
Y mas lozana que la fresca aurora,
Que al sol siembra de rosas el camino ;
Dulce zagala, á quien mi pecho adora,
Por mi feliz, dulcísimo Destino :
¡ Ay, cuánto tarda el venidero dia,
Que anhelo pase, por llamarte mia !”

LIX

“ ¡ Oh, cuán gallarda ante el altar sagrado
Mañana á dar el premio á mis amores,
Dirigirás el paso recatado,
La sien ceñida de fragantes flores ;
Y de la rosa el brillo retratado
En tu inocente faz, con los colores
Del púdico rubor, tu mano tierna
La dicha hará de tu pastor eterna. ”

LX

“ Mas bella que la luz de hermoso dia
 En el zafir del Tajo retratada,
 Es tu cándida frente, Alcina mia,
 Que parece azucena anacarada ;
 Y el negro manto de la noche umbría
 No ostenta en primavera sosegada
 Lucero brillador, ni el mayor de ellos,
 Que se compare con tus ojos bellos. ”

LXI

“ ¡ Cómo Lauso sin ti vivir pudiera,
 Encanto, eterno bien del pecho mio,
 Mas dulce á mi anhalar, que en la pradera
 Es el nuevo alcacel á mi cabrió ?
 La vida sin tu amor, ¡ qué me sirviera,
 Dueño de mi existencia y mi alvedrío ?
 Solo á adorarte el hado me destina,
 Para amarte nació, gallarda Alcina. ”

LXII

“ Ah ! cuán dichoso por la selva y prados
 Al rojo amanecer los dos saldremos,
 Confundidos en uno ambos ganados,
 Y los pintados riscos buscaremos ;
 Y entre amores sabrosos, y envidiados
 Del cielo y de la tierra, pasaremos
 Dias felices, horas placenteras,
 En estas dichosísimas riberas ! ”

LXIII

“ Qué regalos tendrás del amor mio !....
 No brillará en la selva flor temprana,
 Que no adorne tu frente ; cabe el rio
 Conchas te cogeré cada mañana ;
 Y en cuanto arrullen por el bosque umbrío,
 En la pompa del álamo lozana,
 Tórtolas blancas, tenderé mis redes ;
 Y ya contarlas como tuyas puedes. ”

LXIV

“ Un cervatillo con la piel manchada
 De rojo y gris, y con el lomo pardo,
 Que encontré la otra siesta en la enramada,
 Para ofrecerlo á tu beldad, lo guardo
 En el redil, do encierro mi manada :
 Custodiado lo tengo, y solo aguardo
 A que pazca y que trisque : cuando sea
 Tuyo, Alcina, verás cuál te recrea. ”

LXV

“ Y en cuanto el sol su luz tienda en el llano,
 He de plantar (en sitio que encubierto
 Esté del soplo ardiente del solano,
 Y de la escarcha del invierno yerto)
 Un almendro, que pronto alze lozano
 Gallarda cima de verdor cubierto,
 Y acuerde en las tempranas primaveras
 Nuestras delicias del amor primeras. ”—

LXVI

Cesó la voz, y el eco sonoro
 Aun los últimos sonos repetía,
 Mientras ufano aquel pastor dichoso
 Con guirnalda el toscó umbral vestía ;
 Cuando por él saliendo el dueño hermoso,
 Que su llama honestísima encendía,
 Ternezas se dijeron con amores,
 Cuyo susurro resonó en las flores.

LXVII

Tan inocente amor, dicha tan pura
 Compara á los abismos de su pecho
 Florinda, y el raudal de la amargura
 Hierve en su corazón, roto y deshecho :
 Que solo el que es dichoso, la ventura
 De los demas contempla satisfecho ;
 Pero, ay ! al infeliz dichas ajenas
 La furia le redoblan de sus penas.

LXVIII

Y con ojos que el llanto no humedece,
 Y que de aquellas chozas no retira,
 Mármol yerto la mísera parece,
 Reclinada en el seno de su Elvira ;
 Hasta que recordando, se estremece,
 Rompe en ardientes lágrimas, suspira,
 Y prorumpe con voz que conmoviera
 Al cielo, si piedad en él hubiera :

LXIX

“ Lo ves ?.... lo ves ?.... oh ciego, injusto hado!
 Ay !.... el amor los hace venturos ;
 El mismo amor, que tiene destrozado
 Mi pecho con tormentos espantosos.
 ¿ Por qué esta diferencia, cielo airado ?
 Unos aman, y amando son dichosos,
 Y otros aman, y amando los confundes,
 Y en mar horrendo de dolor los hundes, ”

LXX

“ Como á mí, triste !.... Cual si crimen fuera
 Verse mi corazón á amor sujeto,
 O del mortal en manos estuviera
 Elegir para amar hora y objeto.
 Todo lo rige la celeste esfera :
 Inevitable al hombre es su decreto :
 Si el cielo con pasiones nos ostiga,
 ¿ De qué delito luego nos castiga ? ”

LXXI

“ ¿ Es que en la corte y entre jaspes y oro
 Todo es maldad y horrores, y conserva
 El hado de sus dichas el tesoro
 Para las chozas de ramaje y yerba ?
 ¿ Y por qué á mí infeliz á eterno lloro
 Me hizo á la luz nacer la suerte acerba
 En Toledo, en alcázares dorados,
 Y no en las selvas y apacibles prados ? ”

LXXII

“Alejémonos, ay! de estos lugares;
 “Que tanta dicha me desgarró el alma,
 “Y aun temo con mis hórridos pesares
 “De esa mansion feliz turbar la calma.”—
 Dijo, y á los etéreos lumináres
 Alzó una y otra sudorosa palma,
 Llenas de llanto las mejillas bellas,
 Como favor pidiendo á las estrellas.

LXXIII

Apoyada levántase en su Elvira,
 Y volviendo los ojos de la vega,
 Angustiada á su alcázar se retira,
 Y ya á los bosques inmediatos llega.
 Advierte en ellos que á lo léjos gira,
 Con paso incierto entre la sombra ciega,
 Un silencioso bulto, que la espanta,
 Y lanza un grito, sin mover la planta.

LXXIV

A cuyo acento viene presuroso
 Aquel objeto que su horror motiva;
 Quiere Florinda huir, y en el herboso
 Suelo su propio asombro la derriba;
 Cuando halla que es Rodrigo, que anheloso,
 Yerto el cabello, helada la expresiva
 Frente, los ojos secos y espantados,
 Sostiénela con brazos desmayados.

LXXXV

Rodrigo el infeliz, que abrir no osa
 Los labios de terror, y que en horrendo
 Secreto guardará la temerosa
 Vision, de que turbado viene huyendo:
 Ni sabrá cuál la vega es deliciosa,
 Que su amada Florinda ha estado viendo;
 Que el temor de aumentar su mutua pena,
 A silencio azaroso los condena.

LXXXVI

Abrázanse gimiendo, y fugitiva
 El aura compadece sus dolores:
 La selva los contempla compasiva,
 Y sin piedad los astros brilladores;
 Mientras cruel de su esplendor los priva
 La luna, que nacer vió sus amores,
 Pues, funesto presagio! el rostro oculta
 En negra nube, que el terror abulta.